

**“Mirad a mi, y sed salvos, todos los términos de la tierra: Porque yo soy Dios, y no hay más.” Isaías 45:22**

Cuando Felipe el apóstol invita a su amigo Natanael, y ante la desconfianza de este, le dice: “Ven y ve” (Juan 1:46). Natanael vio y se quedó con Jesús.

En el texto de nuestro artículo se nos invita a una mirada de fe a lo que nos encontramos ante las multitudes indiferente que piensan que el mensaje del evangelio no es válido para ellos. Esto lo vemos todos los días y a cada paso nos encontramos con personas que tienen un concepto muy adverso, ellos piensan que el perdón de los pecados solo lo necesitan personas mas bien marginales, ellos no, pues, no son tan malos. La gracia y la salvación solo la necesitan otros. El peligro de tal razonamiento se debe a la ignorancia, que ellos tienen, de la palabra de Dios que presenta al hombre como un perdido. Escuchamos las palabras de Jesús textualmente “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Pero nadie parece darse cuenta de su condición de perdidos y no hacen caso; al contrario las personas lo toman como si no hubiese sido dicho para ellos.

Las palabras de nuestro texto: “Mirad a mí...” fueron dichas a Israel pero apuntan a todos los pueblos gentiles. Dios ha confirmado esta palabra con la venida de su amado Hijo; quien por su sacrificio Expiatorio hizo posible la salvación a toda criatura y de todas las naciones de la tierra, con la única condición de: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito **para que todo aquel que en él cree**, no se pierda más tenga vida eterna” (Juan 3:16). La que debía ser proclamada a todo el mundo. La orden expresa del Señor al respecto la encontramos en el evangelio de Marcos: “Id por todo el mundo; predicar el evangelio a toda criatura”. Es pues, en Cristo que nos ha dado la salvación, ya que, el mismo Señor Jesús dijo a sus

discípulos “Yo soy el camino y la verdad y la vida; nadie viene al padre, sino por mí”. Volvamos de nuevo a nuestro texto. “Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra”. Querido lector o lectora, se atreverá a pensar usted siquiera que esta palabra no es para usted. Esta es una orden del Señor de Señores; vuélvase a él y será salvo. Me temo que usted amado lector querrá seguir su propio camino, llevando la pesada carga de una religión vacía. Dios por medio de este mismo capítulo 45 de Isaías en los versículos 20 y 21 dice “...No saben Aquellos que erigen el madero de su escultura, y los que ruegan al dios que no salva”. Me atrevo a decir con toda seguridad que hay muchos, que adoran al dios de su propia fabricación que no puede salvarles.

El Señor quiere romper con todo esto, por eso sigue diciendo en el versículo 21 “No hay mas Dios que yo; justo y salvador; ningún otro fuera de mí”.

Estimados amigos todos sabemos muy bien que el Dios justo nos ha de juzgar por causa de nuestro pecado. No hay otra salida. Dios es justo y en manera alguna tendrá por inocente al que haya quebrantado su ley o despreciado su nombre; pero al mismo tiempo es un Dios de amor y en Cristo es el Salvador y Bendito Redentor, que cargó con el pecado de todos, llevó nuestras culpas y cumplió la ley de una forma perfecta. El evangelio en forma sencilla nos enseña que, podemos ser salvos por la gracia de Cristo y por medio de la fe en su sangre. No es ningún hombre, no importa como se haga llamar; que le va a persuadir de la verdad de su palabra. Es Dios mismo que dice: “Mirad a mí”, el le invita y además tiene todo el poder.

Estimados lectores Dios manda que acudan en plena confianza a recibir al Señor Jesucristo el Hijo de Dios. Esto no es un salto en el vacío, sino un volverse a la luz. En esta palabra resplandece la luz de la gracia y misericordia divina. Dios se propone iluminar nuestros ojos oscurecidos por el pecado para que veamos y vayamos a él, que en esta palabra con los brazos extendidos nos

dice: “Venid a mí”. Es Dios el Padre en Cristo que habla estas palabras. Por eso no dudamos que usted vendrá a él arrepentido y humillado a recibir el regalo de la vida eterna que él le ofrece. En Cristo se nos abren de par en par las puertas de la justicia divina. En este encuentro de fe con Cristo nos son perdonados todos nuestros pecados. En Cristo es puesto el pecador que voluntariamente acude a él y queda salvado para siempre. Esto si que concuerda con las palabras siguientes: “Yo el Señor, y fuera de mí no hay quien salve” (Isaías 43:11). Para lo cual Cristo quiso humillarse para hacer posible la salvación suya mía o de cualquier otro. Dice la palabra de Dios, acerca de Jesús: “Siendo en forma de Dios no tuvo por usurpación ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a si mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a si mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8). Por eso todos los creyentes descansamos en él y decimos con el gran apóstol de los gentiles. “Yo se a quien he creído y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”.

Quienes voluntariamente quieran mirar a Cristo, y se vuelvan a él, para buscar su ayuda y socorro se quedarán para siempre a su amparo, la frase dicha por Jesús: “Sin mí nada podéis hacer”, adquiere un significado especial en la vida cotidiana. Ahí comienza la nueva vida en Cristo con Cristo y para Cristo; sabiendo que: “Cuando él apareciere seremos semejantes a él, porque le veremos como él es” (I Juan 3: 2).

Por eso los creyentes que hemos recibido a Cristo y experimentado el cambio, nos atrevemos a aconsejar a nuestros lectores que se vuelvan a Cristo. No es que se cambien de religión sino que abandonen la religión y acudan a Cristo lo acepten y reciban en sus corazones y así llegarán a tener la vida eterna que él quiere darles.